

Poema contra natura

Renato Tinajero Mallozzi

DEL QUE AMA A LOS MUERTOS POCO ESCRIBEN
los oligarcas del verbo y las mejores costumbres.
El necrófilo no conoce la rutina
de quien simula amor al cabo de veinte años.
Su sentimiento es otro: efímero como el orgasmo,
nuevo y fresco como el amor primero,
como debe amar un púber condenado a muerte,
entregado al frenesí de quien atisba el final de todo goce
a la primera hora del alba.
El necrófilo se agota en las posibilidades de los cuerpos
y se pierde en el recuento de sus metamorfosis.
Aquí cede la piel. Allá, marchito, el sexo se torna impenetrable
como el prodigio de una virginidad que se renueva:
cada encuentro es inédito, aun con el mismo cuerpo
(tú y yo no podemos amarnos de la misma manera:
aun antes de tocarlos
mis manos ya conocen el tamaño de tus senos).
Tales son los prodigios de los amores corruptos
y tal es la desdicha del amante: jugar a ser Narciso
y en el frío del estanque no encontrar al otro sin encontrarse a sí mismo.
Ha entendido, sin embargo, que el suyo no es amor
para buscar consuelo.
Que busquen el calor de otro cuerpo quienes teman a la muerte.
Él no teme. Hace tiempo que no teme.
Imagina la muerte como un orgasmo eterno,
más placentero que el paraíso que nosotros soñamos,
luminoso como el filo de un cuchillo
que se clava para siempre en su desnudo corazón.

El león, la loba, la pantera

El león, la loba, la pantera
rasguñan la puerta, el techo falso,
golpean detrás de las paredes,
el vaho de sus bocas
ensucia el cristal de las ventanas.
Desde temprano escucho la ida y vuelta de sus pasos
acosando mi oficina, mi escritorio,
mis papeles, lo mío, mis quehaceres.
Y yo no me levanto. No intento huir.
Los negocios del día me lo impiden. Soy un hombre ocupado.
Las fieras ya se alejan. Percibo el ruido de sus uñas
frotándose contra el suelo y el jadeo que sale de sus bocas,
sonidos que se apagan hasta confundirse con los ruidos
de la calle. Entonces sé que ya se han ido.
Me levanto. Pido a la secretaria
que me prepare un café.

La semilla que de niño introduje en mi oído,
por pura travesura,
está echando raíces.
La oigo crecer, dolorosamente afianzarse,
subterránea,
a las fibras vivientes que me habitan.
Y yo vuelvo al teclado, a las fórmulas,
al cajón de las facturas. Dos aspirinas hacen su trabajo.
Las cartas para hoy. El informe se presenta mañana al mediodía.

Finalmente me devoran. El león, la loba, la pantera
disputándose mi cuerpo. Y yo no puedo verlos. Las ocultas raíces
me han cortado de tajo los nervios de los ojos.
Siento aún el dolor de las mordidas. Sé por eso
que no me han arrancado aún las piernas.
El dolor ya no está. Ahora vienen
por mis brazos, mis manos, mi cabeza.
¿Cómo entonces tomar
el teléfono para pedir ayuda?

La línea está muerta. La puerta está cerrada
con tres vueltas de la llave.
De mi garganta, con la sangre, quiere brotar un grito
que se apaga.
Y es la sangre un ciervo que salta y da cabriolas.
Y es mi voz una niña que se esconde
desnuda en el fondo del ropero,
mientras alguien la busca y la llama por su nombre,
los puños apretados, una a una
abriendo a golpes todas las puertas de la casa. ■■■